

Las elecciones europeas en España.

di, Román Miguel González
(CSSEM, Università della Tuscia)

Si hubiésemos de caracterizar en una sola frase los recientes comicios electorales celebrados el 7 de junio de 2009 en España, deberíamos afirmar que han sido unas elecciones europeas desarrolladas de espaldas a Europa y marcadas por el bipartidismo. Los discursos políticos de la mayor parte de los partidos, el guión y estructura de los debates televisados, la atención de los medios de comunicación de masas en general e incluso las preocupaciones de la ciudadanía se han centrado, una vez más, en cuestiones de política interna española, marchamo que ha alcanzado incluso a la reflexión, debate y propuestas sobre la actual crisis económica. Cuestiones claves que han de dirimirse en la próxima legislatura del Parlamento de la Unión Europea han quedado en un segundo plano o directamente han sido obviadas.

De este modo, la aprobación o no del Tratado de Lisboa y el nuevo marco jurídico que conlleva, el debate sobre el futuro marco financiero de la Unión y sobre el control del Banco Central Europeo, la reforma de las políticas agrícolas y pesqueras comunes –asuntos tradicionalmente claves para España–, el desarrollo de la política sobre inmigración tras la *directiva de la vergüenza*, la revisión del sistema de comercio de emisiones de CO₂, el debate sobre la financiación de las medidas contra el cambio climático o sobre seguridad nuclear, la aprobación de las nuevas directivas europeas sobre los derechos de los pasajeros, sobre el etiquetado de alimentos o sobre la jornada laboral, el desarrollo de una política exterior europea independiente o de los servicios sanitarios sin fronteras han sido asuntos absolutamente relegados o superficialmente abordados a favor de un debate descafeinado sobre la crisis económica y de unos afanes demasiado manifiestos, especialmente en el Partido Popular, por desgastar al gobierno de Rodríguez Zapatero y por convertir a todo trance los comicios europeos en un plebiscito absolutorio respecto a los numerosos casos de corrupción que aquejan al partido de centro-derecha.

Sistema de partidos español y su adaptación a los comicios europeos.

Desde la crisis estructural de Izquierda Unida durante la década de 1990, el sistema político de partidos español se estructura como un claro bipartidismo de centro-

izquierda (Partido Socialista Obrero Español, PSOE) y centro-derecha (Partido Popular, PP), matizado por la presencia de una serie de partidos nacionalistas –nunca amalgamados en un frente común– de diversa tendencia política y ubicación territorial a escala regional. Durante los procesos electorales europeos, este sistema básico experimenta pequeñas transformaciones y juegos de alianzas, que no afectan a los dos grandes partidos, para adecuarse a los grupos consolidados en el Parlamento europeo.

Así, buena parte de los principales partidos nacionalistas de izquierda (Esquerra Republicana de Catalunya, el Bloque Nacionalista Galego, los vascos Aralar y Eusko Alkartasuna, la Chunta Aragonesista y la Entesa per Mallorca) conformaron la alianza *Europa de los Pueblos-Verdes*. Por su parte, los grupos nacionalistas de centro-derecha y derecha (la catalana Convergència i Unió, el Partido Nacionalista Vasco, Coalición Canaria, el Bloc Nacionalista Valencià, la Unió Mallorquina, la Unió Menorquina y el Partido Andalucista) conformaron la *Coalición por Europa*. Junto a ambas coaliciones y a los dos grandes partidos (PSOE y PP), concurrieron a las elecciones otros dos grupos con posibilidades de conseguir escaño: por un lado, la coalición –hasta ahora ecosocialista– formada por Izquierda Unida e Iniciativa per Catalunya Verds y, por otro lado, el nuevo partido Unión para el Progreso y la Democracia, de tendencia social-liberal y con cierta semejanza a L'Italia dei Valori, con la cual aspiran a formar grupo en el Parlamento europeo.

La campaña electoral.

Ataques y alusiones personales, ejercicios de culto al líder, eslóganes inspirados en la actual mercadotecnia política e interpretaciones superficiales y partidariamente sesgadas de asuntos manidos y con escasa relevancia para los actuales comicios han centrado, en demasiadas ocasiones, los mítines, los escasos debates y, en general, las manifestaciones públicas de los principales partidos durante la campaña electoral. Es difícil que a quien haya tratado de observar críticamente el reciente proceso electoral, no le haya asaltado la impresión de que, en España, en lo referente a la comunicación política, a medida que avanza el marketing, disminuye proporcionalmente la profundidad y calidad de los discursos políticos y, por ello, del debate y la política democráticos. En este sentido, la personalización de la política ha motivado incluso que los cabezas de lista del PSOE (J. F. López Aguilar) y PP (J. Mayor Oreja) hayan sido

virtualmente convertidos en *candidatos*, como si de unas elecciones presidenciales se tratara.

La imagen –conforme a los estereotipos políticos aceptados al uso– y la forma han primado absolutamente sobre el contenido y los discursos, los cuales han sido sintetizados al máximo y encapsulados en una especie de *píldoras* que, a través de los mass media, los partidos han tratado de administrar recurrentemente a la ciudadanía durante toda la campaña electoral. Por ello, desde el punto de vista del analista de la comunicación política, la estereotipación de personas y de posiciones y planteamientos políticos –tanto de los propios como de los ajenos– han constituido lo realmente significativo en los comicios europeos celebrados en España.

Rodríguez Zapatero –muy implicado en la campaña electoral– y su equipo han tratado, en todo momento, de revitalizar en el imaginario de la ciudadanía el giro a la izquierda y el cambio generacional que imprimieron al PSOE respecto a la imagen de este partido durante la última época de Felipe González y el resto de la década de 1990. Esta estrategia, que claramente se personificó en el propio Rodríguez Zapatero desde 2004, ha consolidado en los últimos años una nueva identidad e imagen socialistas: moderados en las formas, pero radicales en los principios y en las políticas de promoción y extensión de las libertades civiles y los derechos sociales y jurídico-políticos. Implícitamente, se ha lanzado la imagen de una nueva social-democracia caracterizada –al contrario que el laborismo de Anthony Blair– por el europeísmo y por la carencia de definiciones doctrinales o programáticas claras. No se basa en la definición de nuevas vías o de nuevas amalgamas de socialismo y liberalismo, sino en la promoción moderada y pragmática –además de bien rentabilizada mediáticamente– de algunas de las viejas y nuevas reivindicaciones cívicas y sociales (feministas, pacifistas, ecologistas, sindicales...) sin alterar las reglas de juego del Estado social y democrático de derecho ni del marco económico capitalista.

Esta identidad y discurso, que no carecen de anclaje real, están siendo estereotipados y convertidos en verdad a priori a la hora de auto-definir los posicionamientos y políticas impulsadas por los socialistas –independientemente de que su contenido real sea social-demócrata, liberal o incluso neoliberal– y son aplicados transversalmente a cualquier asunto utilizando, además, como refuerzo argumental, el juego de espejos recurrente con la derecha. Así ha ocurrido claramente durante la reciente campaña electoral, tratando de repetir el éxito que tal estrategia le proporcionó al PSOE en las elecciones legislativas de 2008. A mi juicio, el PSOE ha conseguido

nuevamente rentabilizarla al máximo para conseguir una *derrota dulce o semi-derrota*, aunque la estrategia parece desgastada y necesitada de reinención simbólica y de revitalización práctica.

Por todo ello, durante la campaña electoral, los puntos o ejes recurrentes, sobre los que ha girado el discurso público del PSOE, han sido la promoción de las medidas contra la crisis económica (en el marco de una auto-imagen como los únicos capaces de solventarla), la exaltación de su europeísmo constructivo y la denuncia y denostación del PP y su cabeza de lista, Mayor Oreja, por los numerosos casos de corrupción en que están envueltos importantes cargos del partido, por su filo-franquismo y por su ultra-conservadurismo católico.

Con todo, a tenor de los sondeos electorales, el gran problema del PSOE –y la prueba del desgaste de su discurso y estrategia– era, como se confirmó posteriormente, la abstención y no tanto un posible y trasvase de votos hacia el PP propiciado por la virulencia de la crisis económica, de ahí que, durante la última semana de la campaña electoral, el centro de su discurso y estrategia basculase, sin abandonar las bases indicadas, hacia la movilización de su electorado tradicional y, por ello, las críticas a la derecha ganaron aún mayor peso en su discurso.

Mucho más compleja era la situación interna y, por ello, la estrategia del PP a la hora de afrontar los comicios europeos de 2009. Entre 2004 y 2008, Mariano Rajoy se vio obligado, para sostener su liderazgo, a mantener una línea dura que alejaba al PP del centro-derecha –ubicación política y discursiva en la que históricamente ha obtenido sus grandes éxitos electorales– y lo situaba, como continuación de la última época de José María Aznar, en una posición exageradamente neoconservadora y católica (con guiños recurrentes a la ultra-derecha filo-franquista), justamente la posición del grupo que, encabezado por Esperanza Aguirre (presidenta de la Comunidad Autónoma de Madrid), más discutía su liderazgo en el partido. La *dulce derrota* del PP en las legislativas de 2008 permitió a Rajoy emprender un cambio generacional en los cargos directivos del partido y, al mismo tiempo, un giro decidido hacia el centro-derecha y hacia la moderación en las formas (el PP abandonó la crispación, el seguidismo respecto a la Conferencia Episcopal Española y las teorías conspirativas referentes al atentado terrorista del 11 de marzo de 2004), ante lo cual sus críticos –la llamada *vieja guardia* de Aznar– convirtieron los comicios europeos, al igual que intentaron con las legislativas de 2008, en una prueba o examen final sobre la idoneidad del liderazgo de Mariano Rajoy al frente del PP.

Por ello, la victoria del partido en los comicios europeos de 2009 significaba la victoria de Rajoy y viceversa. Su gran problema de partida era que, en la última década, las elecciones europeas han contado con una gran abstención en España. En tales coyunturas, el electorado más fiel al PP siempre ha sido el situado en posiciones más derechistas e incluso ultra-derechistas, de ahí que el cabeza de lista del PP para las europeas de 2009 fuese finalmente Mayor Oreja, un reconocido integrante del ala derechista del partido y promotor de que el Parlamento Europeo, en la pasada legislatura, no condenase al Régimen Franquista y sus crímenes. Ello ha obligado a Rajoy y a su equipo cercano a realizar continuos y forzados equilibrios discursivos e incluso a tratar de apagar los *fuegos políticos* que Mayor Oreja iba encendiendo durante la campaña, especialmente cuando afirmó, corroborando la opinión del Cardenal Antonio Cañizares (en la polémica suscitada por los abusos sexuales cometidos con miles de menores en colegios católicos de Irlanda), que el aborto es peor que la pederastia.

Por ello, un dato muy significativo de la estrategia electoral del PP ha sido la escasa coincidencia de Rajoy y Mayor Oreja en los numerosos actos públicos de campaña, desarrollando una bipolaridad que, a pesar de todo, le ha resultado beneficiosa al PP a tenor de los resultados finales. Otro asunto vital –porque fue, durante la campaña, el eje del discurso del PP junto al acoso y derribo al gobierno socialista y a la minimización de los escándalos de corrupción que afectan a altos cargos del partido– y en el que Rajoy se vio obligado a marcar diferencias respecto al discurso de Mayor Oreja, sin enfrentar o confrontar sus opiniones, fue el referente a la explicación de las causas y soluciones de la crisis económica. Rajoy, más proclive a las recetas neoliberales de contención del gasto público y de flexibilización del mercado laboral, evitó recurrentemente manifestarse respecto a la interpretación de Mayor Oreja basada en la teoría –enunciada por Benedicto XVI– de la crisis moral que subyace a la crisis económica, de ahí que, a su entender, para salir de la crisis sea necesario reforzar los valores de la familia y el esfuerzo.

La estrategia y el discurso del PP se estructuraron simbólicamente, no obstante, a partir de la imagen que los políticos de centro-derecha construyeron de sí mismos durante el período 1997-2002. Durante la reciente campaña electoral, tal auto-imagen de gestores públicos eficaces, honestos y políticamente centrados –difundida en buena parte de la opinión pública española con éxito durante un lustro– ha sido contrapuesta recurrentemente a una contra-imagen estereotipada de los gobernantes socialistas como

despilfarradores, radicales e incapaces, dibujando un imaginario en el que la lógica interna de la relación simbólica entre estereotipos abocaba a la catástrofe para España si no se producía un cambio de gobierno. Por ello, Rajoy y el grueso del PP han tratado, sin demasiado éxito, de convertir los comicios europeos en un plebiscito popular respecto al gobierno de Rodríguez Zapatero.

Un fenómeno muy interesante –y estrechamente relacionado con lo que venimos afirmando– ha sido el intento del PP de convertir también los comicios en un plebiscito auto-absolutorio respecto a los numerosos casos de corrupción que afectan al partido. En este punto el éxito parece haber sido claro –aunque habrá que observar qué ocurre a medio y largo plazo–, ya que allí donde más se han visto afectados por las investigaciones anti-corrupción (Comunidad de Madrid y Comunidad Valenciana), mejores han sido sus resultados electorales con abrumadoras victorias sobre el PSOE.

Interesante ha sido también, por muchos aspectos, el discurso político desarrollado por Izquierda Unida (IU) durante la campaña, ya que ha anunciado claramente las líneas que seguirá el proceso de refundación que va a llevar a cabo durante los próximos meses. Parece haberse finiquitado definitivamente la aspiración que, durante una década, Gaspar Llamazares –anterior coordinador general de IU, sustituido recientemente por Cayo Lara– había abanderado en torno a la transición de los comunistas españoles hacia el ecosocialismo, siguiendo la línea ensayada por los comunistas catalanes desde 1995 hasta la consolidación de Iniciativa per Catalunya Verds (ICV). El nuevo discurso de IU supone un retorno claro al comunismo –revestido de la tradicional simbología republicana española– contraponiendo neoliberalismo vs. intervencionismo económico público, defendiendo la nacionalización de parte de los sectores económicos estratégicos (banca, energía, transporte, telecomunicaciones, siderurgia...) y, al mismo tiempo, tratando de mantener algunas de las reivindicaciones ecosocialistas respecto al debate energía nuclear vs. energías renovables.

El posicionamiento antinuclear claro ha sido también uno de los ejes del discurso desarrollado por la coalición *Europa de los Pueblos-Verdes* (Edp-V) durante la reciente campaña. Básicamente, sus planteamientos y discurso coinciden con los del grupo Verdes-ALE (Greens-EFA) en el Parlamento europeo en lo referente al Tratado de Lisboa, a las reivindicaciones sociales y laborales, al acceso a Internet o a la necesidad de debatir un protocolo general sobre el derecho de autodeterminación dentro de la Unión Europea.

Similares preocupaciones respecto al reconocimiento del derecho de autodeterminación han mostrado buena parte de los integrantes de la centro-derechista *Coalición por Europa* (CEU), aunque han mantenido posiciones mucho más confusas en otros asuntos. Esto ha sido especialmente manifiesto en lo referente al debate sobre la energía nuclear, ya que *Convergència i Unió* de Catalunya se ha mostrado favorable a la industria nuclear –y al mismo tiempo al fomento de las energías renovables–, mientras que sus aliados (Partido Nacionalista Vasco, Coalición Canaria y el Partido Andalucista) se manifestaron a favor exclusivamente de las energías renovables.

Muy interesante ha resultado también la irrupción en los comicios europeos de la Unión para el Progreso y la Democracia (UPyD), un partido de reciente creación y liderado por la ex-militante del PSOE Rosa Díez. Su intento de ocupar el centro político –copado a intervalos por PSOE y PP desde el hundimiento de la Unión de Centro Democrático de Adolfo Suárez en la década de 1980– parece estar cosechando resultados y abriendo un nuevo terreno político. No obstante, es aún muy pronto para valorar adecuadamente el recorrido práctico de su ecléctico discurso españolista y social-liberal: defensa de la independencia del poder judicial, anti-corrupción, fortalecimiento del poder de la Unión frente al de los estados, defensa de la energía nuclear...

Análisis de los resultados electorales¹.

	Votos	Porcentaje	Diputados
PP	6.615.015	42,23%	23
PSOE	6.032.500	38,51%	21
CEU	802.225	5,12%	2
IU-ICV	583.708	3,73%	2
Edp-V	449.499	2,87%	1
UPyD	391.962	2,50%	1

El primer dato a tener en cuenta es el bajo porcentaje de participación (46%) en los comicios europeos frente al 75, 3% de las elecciones legislativas de 2008, dato que indica, no obstante, que ha tocado fondo el desinterés que, durante la última década, la

¹ Los resultados expuestos en la tabla son los oficiales publicados por el Ministerio del Interior del Gobierno de España: <http://elecciones.mir.es/resultados2009/99PE/DPE99999TO.htm>.

ciudadanía española venía experimentando respecto a la Unión Europea². La victoria ha sido claramente para el PP, pero no ha sido tan rotunda como esperaban y, además, es reseñable que las fuerzas de derecha y centro-derecha han obtenido 25 escaños, exactamente los mismos que las de izquierda y centro-izquierda.

Por ello, si bien el resultado es plenamente favorable a Mariano Rajoy en lo concerniente a la pugna interna por el liderazgo del PP³, no lo ha sido en la misma magnitud para promover, como han manifestado débilmente tras los comicios, una moción de censura o una cuestión de confianza con la que comenzar el acoso y derribo al gobierno socialista y, como objetivo último, conseguir la convocatoria de elecciones legislativas anticipadas. Así, mientras el PP trata de mantener un estado de euforia y de acoso simbólico al gobierno –ya que el acoso práctico no es posible: perdería cualquier votación en este sentido en el Parlamento–, por su parte desde el PSOE, al hacer balance general de las elecciones europeas, se niega, escudándose en la baja participación y en el efecto negativo de la crisis, que la derrota haya sido importante y, al mismo tiempo, se reconoce que la ciudadanía les ha lanzado un serio aviso del que tomarán buena nota.

Para otras formaciones políticas los resultados han sido diversos: ambas coaliciones nacionalistas han mantenido sus porcentajes habituales de voto, mientras que IU parece, aunque sigue cayendo, haber frenado el ritmo de pérdida de sufragios, lo que ha sido interpretado, por su actual dirección, como un buen síntoma de cara a la nueva refundación que la organización emprenderá este otoño. Probablemente, el partido relativamente mejor parado, después del PP, haya sido UPyD. No obstante, la distribución geográfica de su electorado muestra un desequilibrio importante de cara al futuro: el 35% de sus votos proceden de Madrid, mientras que en las comunidades históricas de Euskadi, Catalunya y Galicia –probablemente debido a su discurso marcadamente españolista y crítico con los nacionalismos periféricos– sus resultados han sido muy pobres.

Si bien el PP tiende a recibir tradicionalmente el grueso del voto procedente de la derecha y la extrema derecha sociológicas, así como los integrantes de la Coalición por Europa recaban electoralmente los apoyos de las derechas nacionalistas periféricas,

² En los comicios europeos de 2004 la participación alcanzó el 45,14%, mientras que en pasadas elecciones fue, con altibajos, sensiblemente superior: 63,05% en 1999, 59,14% en 1994, 54,71% en 1989 y 68,52% en 1987. La tendencia a la baja es, en líneas generales, similar a la del conjunto de la Unión Europea (58,41% en 1989, 49,51% en 1999 y 43,01% en 2009).

³ Así lo proclamaba el diario conservador español por excelencia: “*Rajoy se gana la paz interna y vía libre hacia las elecciones generales* [de 2012]”, en *ABC*, 8-6-2009. Por su parte, el diario *El Mundo*, mucho más cercano al grupo crítico con Rajoy, no cerraba absolutamente la pugna por el liderazgo y titulaba “*Aire para Rajoy*”, en <http://www.elmundo.es/elmundo/hemeroteca/2009/06/08/m/>.

por su parte el espacio político a la izquierda del PSOE cuenta con varias formaciones que deben agregarse a las ya mencionadas coaliciones Europa de los Pueblos-Verdes e Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds. Aunque no han obtenido representación parlamentaria, sí que han obtenido votaciones reseñables Iniciativa Internacionalista⁴, Los Verdes⁵, el PACMA⁶ o, entre otros, Izquierda Anticapitalista⁷.

Como balance general, hemos de retomar la interpretación que exponíamos al comienzo del artículo. Han sido, en líneas generales, unas elecciones europeas preparadas, desarrolladas e incluso interpretadas a posteriori en clave interna española, cuando no en clave interna de partido. Desde la perspectiva del análisis del discurso y de la comunicación política, la falta de imaginación y novedad de los contenidos conceptuales, imaginarios y narraciones simbólicas ha contrastado con la creciente mercadotecnia política.

⁴ Agrupación encabezada, en los comicios europeos, por el dramaturgo Alfonso Sastre y que contaba con el apoyo electoral de la izquierda abertzale procedente de la ilegalizada Batasuna. Han obtenido 175.895 votos (1,2%).

⁵ Agrupación que se adscribe al Partido Verde Europeo y que aglutina a la mayor parte del movimiento ecologista político español fuera de Cataluña. Ha obtenido 87.088 votos (0,56%).

⁶ Siglas del Partido Antitaurino Contra el Maltrato Animal, que ha duplicado sus sufragios respecto al año 2004 obteniendo 44.364 votos (0,28%).

⁷ Agrupación que, inspirada en el Partido Anticapitalista francés, ha surgido apenas hace unos meses aglutinando a sectores procedentes de IU, de los movimientos sociales y de asociaciones anti-sistema. Ha contado con el apoyo de intelectuales y artistas (Carlos Taibo, Noam Chomsky, Ken Loach o Slavoj Zizek), pero sus resultados han sido discretos: 25.243 votos (0,16%).